

# Una perspectiva sociológica del envejecimiento

## A sociological perspective on ageing

Maria Pia Barenys Pérez<sup>1</sup>

---

Artículo publicado en la RTS núm. 116 de diciembre de 1989.

Para citar: Barenys Pérez, Maria Pia. (1989). Una perspectiva sociológica del envejecimiento. *Revista de Treball Social*, 116, 67-72.

---

## Resumen<sup>2</sup>

En el presente artículo se aborda el rol que se asigna al envejecimiento en relación con el sistema social a través de tres ejes: la organización del trabajo, las relaciones familiares y la sobrevaloración de la juventud.

En el mundo laboral, la productividad es el valor máximo y legalmente se considera una edad a partir de la cual los trabajadores son menos productivos y, por lo tanto, se excluyen del sistema. En cuanto a las relaciones familiares, la exclusión radica en que a pesar de que los viejos representan un apoyo para los cuidados de la familia, sus experiencias (fuera del ámbito productivo) no son valoradas. Por otro lado, la sobrevaloración de la juventud condena la ancianidad a la marginación.

La autora constata la contradicción existente entre el adelanto de la edad de jubilación y el alargamiento de la esperanza de vida. Teniendo en cuenta la fragilidad del sistema de pensiones y la prolongación de una etapa donde la capacidad económica del individuo mengua notoriamente, la gente mayor es abocada a vivir una etapa de pasividad.

Finalmente, se pone de relieve que la autoorganización de este grupo poblacional (cada vez más numeroso) puede ser una buena alternativa para ejercer la presión política necesaria para provocar cambios cualitativos en el sistema social, en la próxima década.

---

**Palabras clave:** Envejecimiento, sistema social, relaciones familiares, sobrevaloración de la juventud, jubilación.

---

1 Departamento de Sociología de la UAB.

2 El resumen y las palabras clave han sido elaborados por el Consejo de Redacción con motivo de la presente edición.

---

## Abstract

This article addresses the role assigned to ageing in relation to the social system via three themes: the organisation of work, family relationships and the overvaluation of youth.

On the labour market, productivity is the ultimate value. A legal age is considered as of which workers are deemed to be less productive and, thus, excluded from the system. When it comes to family relationships, exclusion lies in the fact that even though the elderly provide support with family care, their experiences (outside the productive sphere) are not valued. Moreover, the overvaluation of youth condemns the elderly to marginalisation.

The author notes the contradiction between earlier retirement age and extension of life expectancy. Taking into consideration the fragility of the pension system and the prolongation of a period in which an individual's financial capacity noticeably declines, the elderly are forced to live a period of passivity.

Lastly, it is emphasised that self-organisation among this growing population group may prove to be a great alternative to exert the necessary political pressure to bring about qualitative changes in the social system over the next decade.

---

**Keywords:** Ageing, social system, family relationships, overvaluation of youth, retirement.

## Introducción

Al abordar el tema del envejecimiento de la población, la sociología parte de una constatación que es también un tópico. A saber, que el envejecimiento no es un proceso puramente biológico sino que muchas de sus características dimanan del sistema social dentro del cual las personas envejecen. Y es que el sistema social prescribe más o menos estrictamente unas pautas de comportamiento asociadas a roles que, a su vez, están ligadas a categorizaciones de las personas. Estas categorizaciones van de las más “naturales”, como son sexo y edad, hasta las más culturales que nacen de las instituciones que el cuerpo social ha generado (familia, religión, organización de la subsistencia, organización del trabajo, etc.). Pero el sistema social, junto con las prescripciones, transmite también significados. Incluso, invirtiendo la proposición, podría decirse que prescripciones y valores están insertos y son inseparables del sistema cultural. Son significados que se transmiten implícitamente en el modo de actuar frente a individuos que pertenecen a tal o cual categoría. De igual manera, la imagen que una persona forja de sí misma tiene que ver con el entramado de relaciones sociales plenas de significados (Berger y Luckman, 1979).

Todo esto tiene su aplicación en ese grupo de edad que denominamos “los ancianos”. Los roles que la sociedad les atribuye y autoriza a desempeñar, y la manera cómo se organiza el comportamiento con respecto a ellos, obedecen a una representación social de la ancianidad (y al mismo tiempo la configura) que darían razón de bastantes de las características de la situación de los ancianos (como grupo de edad) en nuestra sociedad actual.

Por ejemplo, no puede entenderse como la sociedad está hoy día resolviendo la asistencia a los ancianos –ya sea como tradicionalmente se ha hecho, o sea, en el seno de la familia, ya sea en instituciones– al margen de una concepción de la persona del anciano, concepción que viene influida por un tejido económico, por el valor cultural que tiene el trabajo o por los condicionamientos que pesan sobre la familia urbana.

Es este telón de fondo el que nos interesa ahora comentar y del que podemos extraer el “hilo conductor” de maneras de comportarse frente a los ancianos. En el contexto de una sociedad industrial, como la nuestra, algunas de las características que particularmente nos parece importante subrayar son las siguientes: a) las que se refieren a la organización del trabajo; b) las que afectan a la vida y relaciones familiares; c) las que dimanan de una supervaloración cultural de “lo joven” que implican una infravaloración de lo viejo.

## 1. La organización y el valor cultural del trabajo

El trabajo en nuestra sociedad de referencia se caracteriza, para la inmensa mayoría de los empleados, en que es por contrato y asalariado (empleados por cuenta ajena). Se efectúa fuera del hogar familiar, en

factorías u oficinas. Está además muy burocratizado, esto es, sometido a minuciosa planificación y control a todos los niveles. Más importante aún, dentro del conjunto de transformaciones que caracteriza el trabajo en una sociedad avanzada, es la “invasión” del maquinismo (llámese “alta tecnología”, robotización o computerización) que, si bien por una parte libera al trabajador o al experto del peso de ciertas rutinas, tiene otros efectos secundarios en el proceso de formación, selección, rendimiento de quien ocupa un puesto de trabajo y, en definitiva, ha promovido una no pequeña revolución en la escala de valoración ocupacional.

La propia división del trabajo ha dado pie a toda una gama de prestigio asociados a tales o cuales formas de ocupación. Igualmente, el trabajo es fuente de capacidad adquisitiva y de bienestar en general. Pero de lo que apenas teníamos noticia es que el mero hecho de poseer un trabajo fuera ya, de por sí, un signo de status social. Aquí es donde la jubilación viene a incidir. Es evidente que estar jubilado no equivale a estar parado, pero, en la medida que ambas categorías se ven excluidas del trabajo activo y organizado, se ven insidiosamente contaminadas del estigma de la incapacidad. Incapacidad por falta de formación adecuada, de habilidades o incapacidad de adaptación a las nuevas exigencias del mundo laboral. El declinar de las habilidades o destrezas a partir de cierta edad entra en conflicto con la productividad, incrementa la probabilidad de accidentes o dificulta la adaptación a un perfil ocupacional que ha de remodelarse. Son formas de incapacidad. La representación social de una “edad productiva óptima” excluye sistemáticamente del mundo del trabajo incluso a expertos. De aquí que el tener cierta edad cronológica puede llevar a asumir una incapacidad inherente a la cifra mágica de la edad. En otras palabras, los significados y valores que destilan la estructura y organización social son interiorizados psicológicamente y se plasman en la autopercepción de “incapacidad” por parte de los jubilados o “invitados” a jubilarse anticipadamente. Es evidente que este aspecto ha afectado más a los hombres que a las mujeres.

Es de esperar que se produzcan cambios en un futuro no muy lejano si esta hipervaloración del puesto de trabajo y de la productividad empieza a estar contrapesada por una cultura del ocio que privilegiaría y abriría nuevas oportunidades a las personas jubiladas (Victor, 1987). Se habla cada vez más de una jubilación escalonada e incluso de la incorporación de la población anciana a una sociedad productiva de nuevo cuño.

## 2. La familia en la sociedad industrial avanzada

El grupo ha sido y es la instancia de socialización por excelencia. En el seno de la familia se han transmitido siempre los aprendizajes básicos. La diferencia entre el ayer y el hoy, entre las culturas primitivas y nuestra sociedad industrial avanzada, es la noción misma de *aprendizaje básico*. Antaño todos los aprendizajes eran básicos: los que afectaban al mundo de las relaciones sociales y los que se centraban en el mundo de

las habilidades que servían para la subsistencia. La tecnología primitiva (cualquiera que fuese su complicación) consistía en formatos de uso que se transmitían prácticamente inmutables de generación en generación. La experiencia que acompañaba su ejecución también era parte de la transmisión y aquí el papel de los adultos, incluso los contados que alcanzaban edad avanzada, era importante. El valor y prestigio social del anciano encajaba perfectamente dentro de estos esquemas de vida.

El panorama de la cultura actual es diametralmente opuesto. Los aprendizajes básicos dentro de la familia ahora se limitan a los rudimentos de la vida en sociedad. Desde los aprendizajes más instrumentales como son la lectura, la escritura y aritmética hasta los más sofisticados se adquieren en instituciones extrafamiliares. El valor del saber acumulado y transmisible que se supone en poder del anciano queda absolutamente minimizado. En contraste se mantiene su participación en la organización de la vida familiar en los términos más tradicionales, esto es, en aquellos formatos de actividad que no exigen habilidades o técnicas de nuevo cuño: cuidar de los niños pequeños, preparar la comida, limpiar la casa (tareas exclusivamente reservadas a las mujeres), realización de encargos externos intrascendentes, etc. La propia transformación del régimen de vida de las familias urbanas ha devaluado estas actividades en la medida que no dedica tiempo ni invierte dinero (comparativamente a otras) en su ejecución. Aunque la sociedad no valora hoy la función reproductora (y las asociadas a ella), no cabe duda de que las actividades domésticas de los ancianos siguen manteniendo su valor y facilitando el rendimiento del trabajo de los adultos. No se puede por tanto decir de manera tajante que el anciano haya perdido todo rol en la vida familiar; mucho depende de la solidez de lazos entre generaciones, de la salud de los mayores, de la distancia a que viven, etc. Lo que sí se constata es que estos roles de apoyo o suplencia están en crisis hoy mucho más que antaño.

Nuestras pautas culturales exigen (cada vez con menos fuerza) que el grupo familiar responda en bloque a la enfermedad y se reorganice para asistir/apoyar al enfermo. Pero la cultura de la sociedad industrial impone unas obligaciones laborales inexcusables y se siente menos preocupada por razones humanitarias. Estas se han visto confinadas a la esfera privada y el conflicto surge a cada paso. Aunque la organización social alivie los costes de la enfermedad del anciano (lo cual no siempre es cierto), los psicológicos gravitan sobre los allegados con un peso quizás inusitado. Todo ello requiere que las redes de soporte a este grupo de edad han de ampliarse a los amigos, vecinos o familias de acogida. También hay que contemplar los permisos laborales para asistir y cuidar a los ancianos. Estas medidas ya están siendo implantadas en los países más envejecidos y que cuentan con mayor tradición asistencial.

### 3. Juventud versus ancianidad en la sociedad moderna

Abordaremos otro aspecto que no es, estrictamente hablando, propio de la estructura y del modo de producción de nuestra sociedad, sino que pertenece al sistema de significaciones culturales que aquellos contribuyen a configurar. Nos referimos a la hipervaloración de una cierta imagen de “ser joven” en contraste con la cual se dibuja la de “ser viejo”. Los mass media actuales se han dedicado a la exaltación de una serie de rasgos asociados al grupo de edad “joven-adulto”. Nos es presentado como poseedor de fuertes bazas para el éxito social, emprendedor, inteligente y rápido, con “visión de la jugada”, etc. Aquí es donde inciden los rasgos típicos de una sociedad vertebrada por pautas de producción y de consumo y dominada por la obsesión del triunfo social. Rodríguez Ibáñez lo ha comentado muy oportunamente así: “Nuestro ethos industrial ha puesto de moda una serie de rasgos –como éxito, competitividad, aceleración, agresividad– claramente identificados con la juventud”.

Nuestro punto de vista es que no puede separarse la representación social de la vejez de la que tiene nuestra sociedad de los otros “grupos de edad” que configuran el arco vital. Esta representación se plasma en el status y el rol que asignamos a los mismos. Nuestra sociedad pivota sobre la producción industrial y de servicios; asigna a la niñez y primera juventud el papel de capacitarse en vista a ello; la adultez es la fase eminentemente productiva y reproductiva. Y la vejez, dentro de este esquema, es un grupo que está “al margen”: no produce, no se reproduce y, menos aún, tiene sentido hablar de su capacitación. “Las personas de edad son concebidas como anacronismos incluso en las escenas cotidianas en que puedan intervenir” (Rodríguez Ibáñez, 1979).

Este es el caldo de cultivo de lo que Buttler ha denominado “ancianofobia”: “es el reflejo de una intranquilidad profundamente arraigada entre los jóvenes y gente de mediana edad que se manifiesta en una repulsión a envejecer y un desagrado a todo lo que se relaciona a la vejez, enfermedad, incapacidad; miedo a la debilidad, a la inutilidad, a la impotencia”. Faltan modelos, incluso de índole estética, propios de la vejez. Los que nos arroja la publicidad han sido pedidos prestados a otros grupos de edad.

Todas estas son facetas diversas que arrojan una visión de la vejez desde el ángulo de los roles ligados a modalidades de producción y organización familiar. Es una visión que surge asimismo del contraste con la de las otras edades de la vida (particularmente con esa bien imprecisa de la “juventud”). Si algún rasgo global se extrae de la misma es que existe una segregación cultural de la ancianidad que puede sin embargo ser tildada de marginación.

## Perfil de la ancianidad y prospectiva

En líneas generales partimos de un hecho: la vejez ha quedado asimilada o definida por la edad de jubilación, tanto para los hombres como para las mujeres, aunque estas no hubieran trabajado fuera del hogar a lo largo de su vida. Así, una determinada edad se establece como requisito básico para tener derecho a la pensión de retiro y a otras prestaciones sociales y económicas. Podemos decir, pues, que la vejez está definida por la ley. La ley es a su vez un reflejo de cierta mentalidad social prevalente.

La sociedad industrial avanzada ofrece actualmente unos contrastes significativos: de un tiempo a esta parte, y como resultado de la aplicación de las nuevas tecnologías, se adelanta la edad de jubilación y con ello el ingreso social en la vejez. También debido a los avances en medicina, se alcanza una mayor esperanza de vida y, según estudios epidemiológicos, actualmente se llega en mejor estado de salud a edades más avanzadas. Todo ello comporta, contrariamente a lo que sucedía en la sociedad tradicional, que el cese de la vida laboral cada vez está más alejado del fin de la vida biológica. Por tanto aumenta el número de ancianos, estadísticamente considerados no activos, socialmente improductivos, pero que presentan unos rasgos diferenciales tan acusados que se han dividido, en términos sociales y económicos, en ancianos independientes y ancianos dependientes o potencialmente dependientes.

La jubilación ha liberado a la población anciana del penoso trabajo industrial pero la ha hecho dependiente económicamente. Con una exigua cantidad de dinero se margina a una parte de la población y se la condena a la pasividad. Cabría preguntarse si el problema real del envejecimiento de la población es el aumento de ancianos en números absolutos y relativos, o bien la devaluación social que sufre este grupo de población al que se mantiene alejado y marginado del circuito donde se dan las actuales relaciones de producción.

Desde el punto de vista de su situación en la estructura social no podemos decir que nos hallamos ante un grupo de edad homogéneo. Ningún grupo de edad lo es. Pero a diferencia de otros, el grupo de ancianos presenta una estructura de edad muy polarizada (Encuesta A. Metropolitana de Barcelona, 1989). Una gran mayoría de los que hoy son ancianos no tuvieron acceso a una enseñanza completa, sobre todo las mujeres; su cualificación profesional es muy escasa (las migraciones comportaron para muchos el paso de la agricultura a la más baja escala del trabajo industrial). Y en los extremos de la estructura social tenemos, por un lado, a unos pocos privilegiados que obtuvieron una formación adecuada y ocuparon puestos de prestigio; figurando como casos aislados los ancianos que conservan un estatus elevado por la ocupación que siguen realizando, quedando esta situación reservada al mundo intelectual y a los artistas; por lo tanto no generalizable. Otro tanto podemos decir de los que amasaron fortunas o incrementaron su patrimonio. En el extremo opuesto hallaríamos a aquellos que, o bien no tuvieron un trabajo estable o socialmente reconocido como

tal, o bien no cotizaron a la Seguridad Social; es el grupo de los que hoy se acogen a la subvención del FAS. Por todo ello, se agudizan las desigualdades entre unos individuos y otros al enfrentarse a cuestiones que parecen derivarse, por ahora, del proceso de envejecimiento y que comportan una mayor dependencia del entramado social, como son: la pérdida del poder adquisitivo, la falta de autonomía, la salud, la valoración social, la utilización del tiempo libre y otros.

Finalmente cabe considerar que el aumento de un colectivo provoca transformaciones cualitativas dentro del propio colectivo y en el sistema social que lo incluye. Esto ha empezado a reflejarse, aunque tardíamente, en el ámbito de la planificación de los Servicios Sociales y en la necesidad de regular ciertos extremos que la legislación no abordaba y en los que existía un vacío legal del que eran víctimas los ancianos. Y aún queda mucho por hacer. Pero el salto cualitativo vendrá dado seguramente por el poder de autoorganización a todos los niveles del propio colectivo, creando ellos mismos mutuas redes de apoyo y convirtiéndose en grupos de presión política, como ocurre ya en algunos países. Este puede ser el gran cambio cualitativo que, a nivel de consideración social del envejecimiento, nos depare la próxima década.

---

## Bibliografía recomendada

- Aveni Casuci, M. A. y otros. *Afectividad y sexualidad en la ancianidad*. Barcelona. Fundació Caixa de Pensions, 1989.
- Beauvoir, S. *La vejez*. Barcelona. Edhasa, 1983.
- Blau, Z. *Old Age in a Changing Society*. N. Y. New Viewpoints, 1973.
- Bronfenbrenner, U. *The Ecology of Human Development*. Harvard U. P. 1979.
- Casals, I. *Sociología de la ancianidad*. Madrid. Mezquita, 1982.
- Guillemard, A. M. *La vieillesse et l'état*. París. PUF, 1980.
- Guillemard, A. M. *Le declin du social*. París. PUF, 1986.
- Heumann, L. y Boldy, D. *Housing for the Elderly*. New York. Croom Helm, 1982.
- Jerrone, D. *Ageing in Modern Society*. U. S. A. Croom Helm, 1983.
- Kalish, R. A. *La vejez. Perspectiva sobre el desarrollo humano*. Madrid. Pirámide. 1983.
- Lehr, U. *Psicología de la senectud*. Barna. Herder. 1980.
- Minois, G. *Historia de la vejez*. Madrid, Nerea, 1989.

- Miranda, M. J. *Análisis sociológico del internamiento de ancianos*. Madrid, Iltre. Col. Nac. Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, 1985.
- Mishara, B. L. y Riedel, R. G. *El proceso de envejecimiento*. Madrid. Morata, 1984.
- Moragas, R. Bienestar social del anciano. In VARIOS. *Introducción a la gerontología social*. Madrid, INSERSO, 1981.
- Phillipson, C. H. et alter. *Dependency and interdependency in old age*. New Hampshire. Croom Helm, 1986.
- Rodríguez Ibáñez, J. E. Perspectiva sociológica de la vejez. *Revista Española de Investigación Sociológica*. 1979, jul.-sept.
- Simposio: *La ancianidad en el año 2000*. Barcelona. Fundació Caixa de Pensions. 1989.
- Victor, C. R. *Old Age in Modern Society*. U. S. A. Croom Helm, 1987.
- Ward, R. A. *The Aging Experience. An Introduction to Social Gerontology*. Harper & Row, 1984.